

EL BOOM DE WOJTYLA

El misterio de Wojtyla tiene, para los creyentes, una sola explicación: la Providencia. Los no creyentes continúan con su obsesión racionalista de buscar explicaciones terrenales. El misterio de Wojtyla consiste en que ha dado una nueva fuerza a una religión desfalleciente, ha apuntalado una Iglesia que se estaba convirtiendo en folklore y en museo; ha dado a unos millones de católicos la sensación de que no estaba perdido o, por lo menos, de que ellos no estaban perdidos. Los providencialistas encuentran rápidamente datos para explicar su procedencia celestial, además de la clásica explicación de la gracia de estado, del carisma y del descenso del Espíritu Santo sobre los padres del cónclave: el brevisimo interregno de Luciani —¿se equivocó la paloma? No, era un extraño signo que todavía no se ha interpretado bien—, la llegada de un país comunista, la interrupción de la línea italiana, y las pruebas de las conversiones en masa, de la recuperación de la fe en quienes la habían perdido; hasta un conato de milagro —la parálitica curada—. Más la profecía del propio Juan XXIII acerca de un oscuro advenimiento en el año 2000.

"Un nuevo milenarismo", dicen los sociólogos de la Historia. Si el año 1000 hizo creer en la proximidad del fin del mundo y provocó grandes movimientos, la proximidad del fin del mundo parece todavía más clara en el año 2000, con los arsenales nucleares y la destrucción de la ecología, por el final previsible de la energía clásica, por el desafío contra la sociedad occidental, por el malestar profundo del terrorismo. Se

estaba esperando una fe, había caducado el periodo racionalista en un cierto fracaso —¡todo va mal!— y había que buscar en otro terreno. Sería un paralelo al ayatollah Jomeini, que por algo aparece también en estos tiempos para renovar la esperanza de la fe adversa, la musulmana. ¿Son contrafiguras? En principio, Jomeini aparece como una revolución, y no duda en la aplicación del fuego y de la sangre; Wojtyla, como una contrarrevolución blanca. Pero los dos buscan el camino de regreso, la seguridad de los viejos dogmas. "Un regreso a lo privado frente a lo político", dice la escritora Marcelle Padovani.

"Un espectáculo", dicen otros. Como el director de "Il Male" —el semanario satírico aventurero, que acaba de sorprender a los ingleses editando una parodia del "Times" en el mismo Londres—, Vincozo Sparagna, que le define como "un gran hombre de espectáculo". Lo es, indudablemente. Otra de las razones de su misterio. El mundo habla visto desaparecer los hombres brillantes, las personalidades fuertes —los últimos fueron Kennedy, Kruschchev, Juan XXIII— cambiados por unos poderes grises, informes. Parecía que era lo que se estaba esperando, un regreso a las democracias reales con un gobierno de todos y, por lo tanto, sin hombres fundamentales, sin cultos a la personalidad. No debía ser así: Wojtyla representa el más grande culto a la personalidad que se haya conocido desde los tiempos de Stalin, de Hitler. Un fino olfato para la propaganda. Aprovecha como nadie la enorme escenografía del Vaticano, pero renueva las imágenes.

Es "moderno", en el sentido de que quiere nadar en una piscina, construiría en el Vaticano o en Castelgandolfo. Viaja en furgonetas extrañas, se mezcla con la multitud.

"Una moda". Es otra explicación. El Papa sería un producto de la sociedad de consumo, con la etiqueta de "nuevo" pegada en la sotana blanca. Como una nueva carrocería distinta para el automóvil, como un electrodoméstico innovador. Como sucede con todos los objetos de consumo, pasará la moda y pasará el Papa. Las modas pasan cuando la sociedad advierte que el nuevo automóvil, que la televisión en color totalmente electrónica o que el abrelatas eléctrico no hacen la felicidad, ni siquiera cuando el vecino no puede comprarlos. El Papa-objeto sería finalmente exprimido, desgastado. Quemado por las audiencias masivas, por la permanencia abusiva en la televisión —el culto que le dedica la española es fantástico—, desbordado por quién sabe qué nuevo personaje que puede surgir en el mundo y llevarse la moda.

Quizá tenga la capacidad de despertar de nuevo lo que ha sido la fuerza más poderosa de la Iglesia en los últimos siglos: las mujeres. Una de ellas, la antes citada Marcelle Padovani, acumula citas en ese sentido. La de la actriz Stefania Sandrelli: "Desborda de virilidad, me gustaría verle vestido como un hombre normal". La de una feminista que dice que "Es el primer Papa que tiene un cuerpo". La de una napolitana que le grita "Hazme un niño" (en realidad, "haz el milagro de que yo sea fecunda, de que pueda tener un hijo": pero, ¿qué diría Freud de este

lapsus?). La de la especialista religiosa Marcella Leone, que cuenta cómo una monjita llegó a morderle una oreja antes de caer desvanecida, en éxtasis. La carta del lector de un semanario: "Mi mujer sólo piensa en él: ha estado enferma mientras estuvo en Polonia". Y la deducción del sociólogo Paolo Franchi: realiza una alianza dinámica "entre lo sagrado y el sexo, la sotana y la virilidad".



No falta tampoco entre la izquierda extrema la explicación de la CIA. Wojtyla habría sido contactado por la CIA ya desde sus tiempos de joven sacerdote, quizá antes, que habría descubierto en él un hombre extraordinario. En principio, la CIA sólo hubiera pensado en encumbrarle dentro de la Iglesia polaca como una gran fuerza anticomunista. Poco a poco habría surgido la esperanza de conducirlo más allá: al Pontificado. Habría sido entonces la CIA la que hubiera quitado de en medio al desgraciado Luciani, que había salido por error... Es curioso cómo ha transmigrado la idea del ase-

sinato de Luciani. En principio la sustentó la extrema derecha. Parecía que Juan Pablo I, conservador pacato, admirador y enaltecedor del Opus Dei, antiprogresista, iba a molestar a la izquierda. Los sensacionalistas de la derecha lanzaron las sospechas de que había sido asesinado —¿por los servicios soviéticos?— y hasta se pidió la autopsia, que no fue concedida (y esa no concesión fue una sospecha más); rápidamente se tragaron su campaña al ver la actitud de Wojtyla, el Papa favorito de estos medios. De haber sido otra mentalidad la del nuevo Papa, la habrían mantenido siempre.

Por lo tanto, ahora toca a la izquierda sospechar...

Porque esa izquierda se ha alarmado considerablemente no ya del fenómeno de resurgimiento de la fe, sino del trabajo político del Papa en sólo unos meses de Pontificado: el viaje a Méjico y la nueva manipulación del Tercer Mundo, la visita a Polonia. Los comunistas hablan acogido a Juan Pablo II como un Pontífice posible, coexistente; aún encontró cierta benevolencia después del viaje a Méjico. Pero la actuación en Polonia les ha llenado de un terror sordo. No pueden enfrentarse todavía con el Papa, por su política

de "mano tendida" hacia los católicos, y por el fenómeno que representan, pero han terminado por comprender que tienen delante el Papa más anticomunista de la Historia. Desde que desempolvó la frase de "la Iglesia del silencio", en uno de sus primeros discursos, hasta la actuación en Polonia, que puede considerarse histórica en la decadencia de un cierto comunismo: la demostración pública de que años de educación, de dureza, de aislamiento oficial de la religión católica apenas habían conseguido nada. El triunfo no es sólo para la fe, siéndolo muy considerable: es para los Estados Unidos, para la derecha, para una política fundada en el anticomunismo.

Las sospechas de este derechismo llegan a los que, no siendo comunistas, creen que hay también un desprestigio de la democracia. Este discípulo de Max Scheller no cree en la ley de la mayoría, no cree en la discusión de la verdad: cree que todo poder viene de Dios, que no hay más verdades que las reveladas...

Claro que también tiene reservas por parte de una Iglesia más cerrada. La reconciliación del Vaticano con Lefévre no ha sido suficiente: hay quien cree, desde esa caverna, que el espectáculo, la feria, la exhibición, no tienen nada que ver con la fe profunda, y que el Papa Juan Pablo II finalmente no es más que otro agente contra la salvaguardia de los principios: que su paso por San Pedro puede hacer más daño que bien.

Son opiniones. Disparatadas, paranoicas, esquizofrénicas algunas; inquietantes otras. Son opiniones con las que se busca por cualquier camino una explicación al misterio: el de que el nuevo Papa, en unos meses, se ha convertido en la figura más apasionante del mundo contemporáneo. ■

